MUNDO DE LIBROS

Torquemada en el purgatorio

BENITO PÉREZ GALDÓS

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

Torquemada en el purgatorio

Benito Pérez Galdós

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

NOTA DE TRANSCRIPCIÓN

* En el texto, las cursivas se muestran entre _subrayados_ y las versalitas se han convertido a MAYÚSCULAS.

* Los errores de imprenta han sido corregidos sin avisar. Para su detección se han tenido en cuenta ediciones posteriores de esta obra.

* Se ha respetado la ortografía original —que difiere ligeramente de la actual—, normalizándola a la grafía de mayor frecuencia.

* Las comillas que inician intervenciones en diálogos han sido sustituidas por rayas largas, tal como hacen las ediciones más recientes.

* Se han añadido tildes a las mayúsculas que las necesitan.

* Las notas a pie de página se han renumerado y colocado tras el párrafo en que se encuentra la llamada.

TORQUEMADA EN EL PURGATORIO

Es propiedad. Queda hecho
el depósito que marca la ley.
Serán furtivos los ejemplares
que no lleven el sello del
autor.

MADRID.—Imp. Hijos de Tello, C. de San Francisco, 4.

B. PÉREZ GALDÓS

TORQUEMADA
EN EL
PURGATORIO

10.000

[Ilustración]

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1920

TORQUEMADA EN EL PURGATORIO

PRIMERA PARTE

I

Cuenta el Licenciado Juan de Madrid, cronista tan diligente como malicioso de los _Dichos y Hechos de D. Francisco Torquemada_, que no menos de seis meses tardó Cruz del Águila en restablecer en su casa el esplendor de otros días, y en rodearse de sociedad honesta y grata, demostrando en esto, como en todas las cosas, su consumada discreción, para que no se dijera ¡cuidado! que pasaba con famélica prontitud de la miseria lacerante al buen comer y al visiteo alegre. Disiente de esta opinión otro cronista no menos grave, el _Arcipreste Florián_, autor de la _Selva de Comilonas y Laberinto de Tertulias_, que fija en el día de Reyes la primera comida de etiqueta que dieron

las ilustres damas en su domicilio de la calle de Silva. Pero bien pudiera ser esto error de fecha, disculpable en quien á tan distintos comedores tenía que asistir por ley de su oficio, en el espacio de sol á sol. Y vemos corroborada la primera opinión en los eruditísimos _Avisos del Arte Culinario_, del Maestro López de Buenafuente, el cual, tratando de un novísimo estilo de poner las perdices, sostiene que por primera vez se sacó á manteles este guisado en una cena que dieron los nobles señores de Torquemada, á los diez días del mes de Febrero del año tal de la _reparación cristiana_. No menos escrupuloso en las referencias históricas se muestra el _Cachidiablo_ que firma las _Premáticas del Buen vestir_, quien relatando unas suntuosas fiestas en la casa y jardines de los señores Marqueses de Real Armada, el día de Nuestra Señora de las Candelas, afirma que Fidela Torquemada lucía elegante atavío de color de orejones á medio pasar, con encajes de Bruselas. Por esta y otras noticias, tomadas en las mejores fuentes de información, se puede asegurar que hasta los seis meses largos de la boda, no empezaron las Águilas á remontar su vuelo fuera del estrecho espacio á que su mísera suerte por tanto tiempo las había reducido.

Ni se necesita compulsar prolijamente los tratadistas más autorizados de cosas de salones, para adquirir la certidumbre de que las señoras del Águila permanecieron algún tiempo en la obscuridad, como avergonzadas, después de su cambio de fortuna. _Mieles_ no las cita hasta muy entrado Marzo, y el _Pajecillo_ las nombra por primera vez enumerando las mesas de petitorio en Jueves Santo, en una de las más _aristocráticas iglesias_ de esta Corte. Para encontrar noticias claras de épocas más próximas al casamiento, hay que recurrir al ya citado Juan de Madrid, uno de los más activos y al propio tiempo más

guasones historiógrafos de la vida elegante, hombre tan incansable en el comer como en el describir opulentas mesas, y saraos espléndidos. Llevaba el tal un Centón en que apuntando iba todas las frases y modos de hablar que oía á don Francisco Torquemada (con quien trabó amistad por Donoso y el Marqués de Taramundi), y señalaba con gran escrúpulo de fechas los progresos del transformado usurero en el arte de la conversación. Por los papeles del Licenciado sabemos que desde Noviembre decía D. Francisco á cada momento: _así se escribe la historia, velis nolis, la ola revolucionaria, y seamos justos_. Estas formas retóricas, absolutamente corrientes, las afeaba un mes después con nuevas adquisiciones de frases y términos no depurados, como _reasumiendo, ínsulas, en el actual momento histórico_, y el _maquiavelismo_, aplicado á cosas que nada tenían de maquiavélicas. Hacia fin de año se daba lustre el hombre corrigiendo con lima segura desatinos usados anteriormente, pues observaba y aprendía con pasmosa asimilación todo lo bueno que le entraba por los oídos, adquiriendo conceptos muy peregrinos, como: _no tengo inconveniente en declarar... me atengo á la lógica de los hechos_. Y si bien es cierto que la falta de principios, como observa juiciosamente el Licenciado, le hacía meter la pata cuando mejor iba discurriendo, también lo es que su aplicación y el cuidado que ponía al apropiarse las formas locutorias, le llevaron en poco tiempo á realizar verdaderas maravillas gramaticales, y á no hacer mal papel en tertulia de personas finas, algunas superiores á él por el nacimiento y la educación, pero que no le superaban en garbo para sostener cualquier manoseado tema de controversia, _al alcance_, como él decía, _de las inteligencias más vulgares_.

Es punto incontrovertible que dejó pasar Cruz todo Septiembre y

parte de Octubre, sin proponer á su hermano político reforma alguna en la disposición arquitectónica de la casa; pero llegó un día en que con toda la suavidad del mundo, sabiendo que ponía las primeras paralelas para un asedio formidable, lanzó la idea de derribar dos tabiques, con objeto de ampliar la sala haciéndola salón, y el comedor _comedorón_... Esta palabra empleó D. Francisco, amenizándola con burlas y cuchufletas; mas no se acobardó la dama, que al punto, con chispeante ingenio, hubo de contestar á su cuñado en esta forma:

—No digo yo que seamos príncipes, ni sostengo que nuestra casa sea el _regio alcázar_, como usted dice. Pero la modestia no quita á la comodidad, Sr. D. Francisco. Paso porque el comedor sea hoy por hoy de capacidad suficiente. ¿Pero me garantiza usted que lo será mañana?

—Si la familia aumentara, como _tenemos derecho á esperar_, no digo que no. Venga más comedor y yo seré el primero en agrandarlo cuanto sea menester. Pero la sala...

—La sala es simplemente absurda. Anoche, cuando se juntaron los de Taramundi con los de Real Armada, y sus amigos de usted el bolsista y el cambiante de moneda, estábamos allí como sardinas en banasta. Inquieta y sofocadísima, yo aguardaba el momento en que alguno tuviera que sentarse sobre las rodillas de otro. Á usted le parecerá que esta estrechez es decorosa para un hombre á cuya casa vienen personas de la mejor sociedad. ¿Por mí qué me importa? No deseo más que vivir en un rincón, sin más trato que el de dos ó tres amigas íntimas... Pero usted, un hombre como usted, llamado á...

II

—¿Llamado á qué?—preguntó Torquemada, manteniendo ante su boca, sin catarlo, el bizcocho mojado en chocolate, con lo cual dicho se está que en aquel momento se desayunaba.—¿Llamado á qué?—volvió á decir, viendo que Cruz, sonriente, esquivaba la respuesta.

—No digo nada, ni perderé el tiempo en demostrar lo que está bien á la vista, la insuficiencia de esta habitación—manifestó la dama, que al dar vueltas alrededor de la ovalada mesa, afectaba no hallar fácil paso entre el aparador y la silla ocupada por D. Francisco.—Usted, como dueño de la casa, hará lo que guste. El día en que tengamos un convidado, que bien podríamos tenerlo para corresponder á las finezas que otros gastan con nosotros, y quien dice un convidado, dice dos ó cuatro..., pues ese día tendré yo que comer en la cocina... No, no reirse. Ya sale usted con su tema de siempre: que yo exagero, que yo...

—Es usted la _exageración personificada_—replicó el avaro, engulléndose otro bizcocho.—Y como yo _blasono_ de ser el justo medio _personificado_, pongo todas las cosas en su lugar, y rebato sus argumentos por lo que toca al actual momento histórico. Mañana no digo...

—Lo que se ha de hacer mañana de prisa y corriendo, debe hacerse hoy, despacio—dijo la dama apoyando las manos en la mesa, á punto que el D. Francisco acababa de desayunarse. Ya sabía ella por dónde iba á salir en la réplica, y le esperó tranquila, con semblante de risueña confianza.

—Mire usted, Crucita... Desde que me casé, vengo _realizando_... sí, esa es la palabra, realizando _una serie de transacciones_. Usted me

propuso reformas que se daban de cachetes con mis costumbres de toda la vida, por ejemplo... ¿Pero á qué es poner ejemplos ni verbigracias? Ello es que mi cuñada proponía y yo trinaba. Al fin he transigido, porque como dice muy bien nuestro amigo Donoso, vivir es transigir. He aceptado un poquito de lo que se me proponía, y usted cedía un _ápice_, ó dos _ápices_ de sus pretensiones... El justo medio, _vulgo_ prudencia. No dirán las señoras del Águila que no he procurado hacerles el gusto, desmintiéndome, como quien dice. Por tener contenta á mi querida esposa y á usted, me privo de venir á comer en mangas de camisa, lo que era muy de mi gusto en días de calor. Se empeñaron después en traerme una cocinera de doce duros. ¡Qué barbaridad! ¡Ni que fuéramos arzobispos! Pues transigí con admitir la que tenemos, ocho durazos, que si es verdad nos hace primores, bien pagada estaría con cien reales. Para que mi señora y la hermana de mi señora no me alboroten, he dejado de comer salpicón á última hora de la noche, antes de acostarme, porque, lo reconozco, no está bien que vaya delante de mí el olor de cebolla, abriéndome camino como un batidor. Y _reasumiendo_: he transigido también con el lacayito ese para recados y limpiarme la ropa, aunque á decir verdad, días hay en que para evitarle reprimendas al pobre chico, no sólo me limpio yo mi ropa, sino también la suya. Pero en fin, pase el chaval de los botones, que si no me equivoco, no presta servicios en consonancia con lo que consume. Yo lo observo todo, señora mía; suelo darme una vuelta por la cocina cuando está comiendo la servidumbre, _vulgo_ criados, y he visto que ese ángel de Dios se traga la ración de siete; amén del mal tercio que hace á la familia levantando de cascos á las criadas de casa, y á las de toda la vecindad. En fin, ustedes lo quieren: sea. _Adopto esta actitud_ para que no

digan que soy la _intransigencia personificada_, y para cargarme de razón ahora, negándome, como me niego, al derribo de tabiques, _etcétera_... que eso de estropear la finca va contra la lógica, contra el sentido común, y contra la conveniencia de _propios_ y _extraños_.

Contestóle Cruz con gracejo, afectando sumisión á la primera autoridad de la familia, y se dirigió á la alcoba de su hermana, que no dejaba el lecho hasta más tarde. Ambas charlaron alegremente de la misma materia, conviniendo en que aquello y aun más se conseguiría de don Francisco, esperando la ocasión favorable, como habían podido observar en el tiempo que llevaban de convivencia. Torquemada, después de darse un buen atracón de _La Correspondencia_ de la mañana, se fué al lado de su esposa, periódico en mano, pisando con suavidad por evitar el ruido, y ladeándose la gorra de seda negra, para rascarse el cráneo. No tardó Cruz en acudir á despertar al ciego y llevarle el desayuno, y quedó el matrimonio solo, acostada ella, él paseándose en la alcoba.

—¿Y qué tal?—le preguntó D. Francisco con cariño no afectado.—¿Te sientes hoy más fuerte?

—Me parece que sí.

—Probarás á dar un paseíto á pie... Yo, si te empeñas en darlo en coche, no me opongo, ¡cuidado! Pero más te conviene salir de _infantería_ con tu hermana.

—Á patita saldremos...—replicó la esposa.—Iremos á casa de las de Taramundi, y para la vuelta, ellas nos traerán en su berlina. De este modo te ahorras tú ese gasto.

Torquemada no chistó. Siempre que se entablaban discusiones sobre

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com